

La casa en la playa

“Se ha producido ya en mí aquel elegante fenómeno de alargamiento de los párpados sobre los ojos como manos curvadas sobre naranjas y que caen con idéntica nebulosidad dulce que el tiempo sobre los recuerdos.”

Luz Lateral, Pablo Palacio

Estarás dormido. Has despertado sin saberlo de un largo sueño, has arribado durante las horas de una aurora nebulosa al frente de un muro imponente del mismo color de la arena que pisas. La brisa marina expande la neblina y el silencio de la playa, cuya costa entera vas deformando a cada paso a medida que te aproximas hacia el muro. Entre el sopor que ocasionan la niebla y la sensación del sueño desintegrándose se revela el contorno de un portón en el muro. Lo cruzas. Dentro del complejo se muestra la lejanía en un cielo que converge con el tejado de una edificación en la mitad, una casa que de lejos aún no te resulta familiar por sus paredes de piedra, acabados de madera y sus ventanas que, si bien no observaron, han atestiguado tanto las horas felices como agostadas del jardín lateral.

El silencio, que como la brisa ha adquirido el olor del mar, se interrumpe (se quiebra, se deshace, se desvanece, se fragmenta y se proyecta hacia el futuro), cuando de la casa se abre de golpe la puerta principal expulsando un torrente de seres grisáceos, ásperos y antropomorfos, que en su carrera protestan y exclaman alaridos de guerra; que reclaman en un idioma gutural y sanguinario, cuyo exceso arbitrario de consonantes busca suprimir la forma de las vocales y agolparlas en morfemas desgarrados e incomprensibles para ti. Corres en contra adentrándote en la multitud, golpeando y gritando también; algunos caen, otros se apartan pero ni uno devuelve el golpe. Desde el portón solo se escucha el impacto ahogado de tus puños contra la carne gris,

mas no los gritos bélicos; tu cuerpo, sumergido ahora entre un tumulto de furúnculos antropofomes, tampoco se distingue. Has llegado al portal, ingresaste a la casa, cierras la puerta tras de ti.

La casa, ahora la reconoces, es aquella que te proveyó de noción e ilusión, de falsa seguridad sensorial. Sabes que el recuerdo como los sueños deja huellas en la materia, sabes que si doblas a la izquierda entrarás a un cuarto en cuyo centro estará la misma cucaracha sobre su espalda, agitando sus extremidades viscosas, esperando una intervención que la reintegre al uso libre de sus facultades de supervivencia: efectos de una metamorfosis degenerativa. Entrás, ahí está, sigues teniendo el mismo asco de siempre, la misma repulsión que te inculcó el instinto y que destinó a aquel bicho a retorcerse desesperadamente durante todos los años de tu estancia en la casa. Pasos y murmullos te distraen de tu asco concentrado, por la ventana ves llegar a tu padre y a tu hermana y sales al umbral para recibirlos. Junto a la puerta hay un grifo, debajo de él un florero de cristal sin flores llenándose de agua. Ésta asciende al borde, se rebosa pero no cae y el grifo sigue abierto. La puerta se abre. Tu hermana lleva consigo un artefacto helicoidal y una maleta negra, dice que tiene algo que mostrarte. Subes con ella a su cuarto y, una vez ahí, saca del bolso figuras de cristal: una pirámide, un ortoedro, un cubo que va ensamblando uno a uno mientras la observas. Coloca el ensamblaje sobre el suelo y proyecta imágenes heterogéneas, una tras otra aparecen sobre la pared sin componer alguna trama lógica hasta que se detiene(n) en la escena de una playa. Cinco personas acostadas en fila te miran, mas solo logras ver sus caras, pues el resto de sus cuerpos se sumerge mar adentro. Dos otras se acucillan junto a la tercera y la quinta respectivamente. La primera desde la izquierda empieza a hablar, narra la historia de un marinero que zarpó en un bote sin brújula desde una playa con cinco cabañas de caña. La siguiente en la fila continúa, dice que después de dos días, al llegar a un punto cercano al horizonte donde la orilla ya no era visible, el marinero se dedicó a remar en círculos durante cinco días. La tercera cuenta que el marinero, después de asegurarse de olvidar la dirección de donde vino, escogió un rumbo aleatorio y desembocó después de dos días en una playa con cinco cabañas de caña. La cuarta y la sexta discuten la posibilidad de que el marinero

haya llegado a otra playa idéntica a la primera. Mientras lo hacen, la marea sube gradualmente hasta que todas, sin inmutarse, quedan sumergidas y la proyección se torna negra.

Inmediatamente te invade una sensación de mareo, sales del cuarto apresuradamente y te adentras en el pasillo, la niebla del mar se ha infiltrado en la casa, estás consciente. Las imágenes heterogéneas, las eventualidades inconexas y absurdas, la falta de sentido de tu toma de decisiones, la sensación de sordo vacío y la playa que posiblemente es otra: todo converge en el instante en que comprendes (entiendes, asimilas o reconoces), que tú también desembocaste en una playa que habrá podido ser otra. La luz en el pasillo se ausenta gradualmente, las paredes pierden color, un líquido viscoso secreta de las uniones de las aristas mientras corres esperando llegar a tiempo. El pasillo se alarga a medida que avanzas, tras de ti el suelo y el eco de tus pasos desintegrándose hacia un abismo, y lo que era líquido viscoso ha empezado a dar forma a un millar de cucarachas enardecidas. Cierras los ojos, recuerdas que la casa es tuya, que el espacio y el tiempo del sitio te pertenecen, la puerta que habrás pensado debería estar enfrente tuyo, los abres; ahí está, la cruzas, un altar espera inerte en el centro de la habitación, te recuestas sobre su mármol frío, tus ojos se cierran lentamente, poco a poco todo se torna negro y no sabes si eres tú cerrando los párpados o la casa en la playa que se termina de consumir.

Temístocles Torres

Tumbaco, Marzo del 2015